

### La Triple Alianza

Decretada la guerra entre el Paraguay y el Brasil, el gobierno de Mitre rechazó una propuesta de alianza contra López presentada por la diplomacia imperial y, si bien formuló votos por el triunfo brasileño, reiteró que la Argentina seguiría siendo neutral. No obstante la desconfianza mutua entre los dos países más poderosos de la región, el ascenso de los liberales en la corte de Río había generado una corriente de simpatía ideológica con sus pares porteños, que la común empresa política en el Uruguay había afirmado. En Buenos Aires, una amplia opinión pública porteña, que incluía a oficialistas y opositores autonomistas, seguía con entusiasmo la causa colorada y comenzaba a henchirse de espíritu bélico.

Ese no era el ánimo, sin embargo, de las dirigencias federales con amplia representación en el resto del país, que no sólo se habían inclinado por los blancos, sino que veían en el Paraguay un posible aliado en su confrontación con los liberales. Ante la difícil situación, tanto el presidente Mitre como el jefe del federalismo, el general Urquiza, se movieron con extrema prudencia y, aunque no dejaron de actuar en función de sus intereses partidarios, rechazaron una alianza formal con sus respectivos amigos en la contienda bélica recién desatada.

Ese frágil equilibrio se rompió cuando el presidente paraguayo solicitó autorización al gobierno de la Argentina para pasar con sus tropas por el territorio de ese país, con el propósito de invadir Río Grande do Sul. Con el argumento de sostener la neutralidad, y convencido de la debilidad paraguaya, Mitre denegó ese permiso y desató la reacción del Congreso paraguayo, que el 19 de marzo de 1865 declaró la guerra a la Argentina. Unos días después, vapores del Paraguay atacaron a navíos estacionados en el puerto de Corrientes y un ejército de 3000 soldados ocupó la ciudad.

Ante la llegada de los invasores, las autoridades provinciales abandonaron la ciudad, pero la mayor parte de los correntinos no intentó resistirse, en buena medida porque existían vínculos de larga data entre ambos pueblos, mientras que el Brasil era considerado con recelo por su carácter expansionista y su organización monárquica. En Buenos Aires, en cambio, la invasión exacerbó los ánimos guerreros y tanto nacionalistas como autonomistas, a través de los diarios y otras expresiones públicas, clamaron por una alianza con el Brasil contra el "tirano López". El gobierno movilizó al ejército y la Guardia Nacional, y ordenó la marcha del general Paunero y su regimiento hacia el nordeste. En este escenario, Urquiza —con cuya adhesión contaban los paraguayos— optó por enviar señales inequívocas de lealtad y apoyo a Mitre.

El 1° de mayo de 1865, la Argentina firmó el Tratado de la Triple Alianza con el Brasil y el Uruguay, por el cual los signatarios contrajeron una alianza ofensiva y defensiva "en la guerra provocada por el gobierno del Paraguay", con el objetivo explícito de derrocar ese gobierno, y fijaron las condiciones para la paz y la posguerra. En sus artículos principales, acordaba la composición del mando de los ejércitos; estipulaba que ninguna de las partes podría firmar la paz o la suspensión de las hostilidades en forma unilateral, ni depondría las armas sino de común acuerdo y una vez logrado el objetivo central; garantizaba el respeto a "la independencia, soberanía e integridad territorial de la República del Paraguay"; convenía que, una vez derrocado el gobierno y elegidas las nuevas autoridades por su pueblo, se harían "los arreglos necesarios [...] para asegurar la libre navegación de los ríos Paraná y Paraguay"; se refería a las deudas e indemnizaciones de guerra y fijaba las condiciones sobre las cuales se exigiría al gobierno paraguayo la celebración de tratados definitivos de límites con los demás países. Además, en cláusulas que más tarde despertarían numerosas controversias, afirmaba que la guerra no se hacía contra "el pueblo paraguayo sino contra su gobierno" y establecía que el tratado debía mantenerse "secreto", hasta lograr su objetivo.

Los términos elegidos para referirse al "pueblo paraguayo" y el futuro del país en la posguerra abrevaban en la tradición liberal y buscaban dar al conflicto el carácter de una lucha contra el despotismo representado por Solano López. Esa misma línea de argumentación siguió el gobierno de Mitre —y también la adoptaron los principales diarios argentinos— para justificar la decisión de unirse al imperio, una nación monárquica y esclavista, además de adversaria histórica de la Argentina. A la supuesta justicia de la causa se agregaba la convicción de que la guerra sería corta, una idea compartida por el gobierno paraguayo. Sin embargo, se equivocaban, como se habían equivocado en la escalada de provocaciones que desataron la confrontación bélica.

Los brasileños estaban convencidos de que los paraguayos no se animarían a enfrentarlos; los argentinos estaban seguros de que los paraguayos amagarían con atacar pero no irían más lejos; y estos, por su parte, confiaban en que los federales, con Urquiza a la cabeza, se les unirían en la lucha contra Buenos Aires y el imperio o, en última instancia, que la amenaza de esa rebelión frenaría la alianza con los brasileños. Así sobrevino la guerra que ninguno había buscado, pero que todos habían contribuido a provocar.

### La contienda

El conflicto duró cinco años e involucró decenas de miles de hombres y mujeres, en un esfuerzo bélico de trágico saldo. El Brasil fue la principal pieza del triángulo aliado, tanto por la cantidad de hombres y recursos que aportó como porque la Argentina retiró buena parte de sus fuerzas a partir de 1868, en tanto que el Uruguay tuvo siempre una participación menor. En total, a lo largo del conflicto, el Brasil envió 140 000 hombres al frente, los argentinos sumaron 30 000 y los uruguayos, unos 5500, de los cuales 50 000, 18 000 y 5000, respectivamente, no retornaron (la mayor parte, muertos en combate o por enfermedad).



Mapa esquemático del teatro de operaciones (1866-1868), en Francisco Doratioto, *Maldita guerra: Nova história da Guerra do Paraguai*, Companhia das Letras, San Pablo, 2002.

Al comienzo del conflicto, el Paraguay estaba mejor preparado que sus enemigos, pues había fortalecido su aparato de defensa y tenía una larga tradición de ciudadanía en armas. Por lo tanto, rápidamente movilizó a casi toda su población, incluidos mujeres y niños, ya sea para actuar como soldados o para las tareas de mantenimiento y apoyo del ejército

o de hostigamiento a los invasores. Hacia el final de la contienda, peleaban en el frente niños y adolescentes recién entrenados e incorporados a las diezmadas tropas.

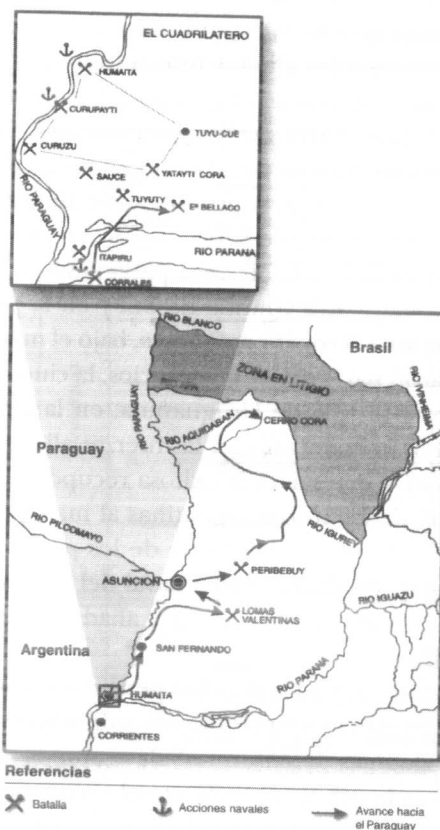
De acuerdo con el Tratado, el comando en jefe de los aliados correspondió inicialmente al presidente argentino, que se trasladó al frente de batalla y allí permaneció —con un intervalo de seis meses en 1867— hasta enero de 1868, cuando la muerte del vicepresidente Paz, a cargo de la primera magistratura durante su ausencia, lo obligó a retornar a Buenos Aires. El mando general recayó entonces en el marqués de Caxias, y a principios de 1869 pasó al conde d'Eu, mientras las tropas argentinas eran dirigidas por Juan Gelly y Obes y, tras la asunción de Sarmiento a la presidencia de la república en 1868, por Emilio Mitre. Las relaciones entre los jefes aliados nunca fueron armónicas; había mucha desconfianza, suspicacias respecto de las intenciones de cada una de las partes, competencia y celos profesionales. Estos problemas entorpecieron la acción aliada, y en buena medida contribuyen a explicar, junto con otros factores, la prolongación del enfrentamiento.

En la guerra se han distinguido tres etapas. La primera fase, hasta abril de 1866, corresponde a la ofensiva paraguaya en los estados brasileños de Mato Grosso y Rio Grande do Sul y en la provincia de Corrientes, en la Argentina. Tropas paraguayas, bajo el mando del coronel Estigarribia, ocuparon parte de esos territorios, la ciudad de Corrientes sobre el río Paraná y la villa de Uruguayana, en la margen izquierda del río Uruguay. Los encuentros con las fuerzas aliadas se resolvieron inicialmente en contra de estas, y la exitosa recuperación de la primera ciudad por parte de las tropas argentinas al mando de Paunero no pudo sostenerse en el tiempo. La suerte de los paraguayos se revirtió en la batalla de Yatay, en el encuentro naval del Riachuelo y luego en Uruguayana, que, cercada por los ejércitos aliados, pautó su rendición en octubre de 1865.

Frente a estas derrotas, y a las grandes pérdidas sufridas —se estiman en más de 20 000 los muertos y prisioneros, además de los caídos en el propio Paraguay, víctimas de enfermedades como la diarrea—, Solano López ordenó a sus hombres abandonar el territorio enemigo (con excepción de parte del Mato Grosso) y retornar para defender el suelo patrio. Unos 65 000 aliados se dispusieron a seguirlos, pero avanzaron con lentitud, y recién en abril del año siguiente penetraron en Paso de la Patria para enfrentar al reorganizado ejército paraguayo, de unos 30 000 hombres. La diferencia numérica no compensaría, sin embargo, la relativa ventaja de los locales, que se pertrecharon en una

zona defensiva apenas al norte de la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay.

La segunda fase, hasta la toma de Humaitá en julio de 1868, ha sido considerada una guerra de posiciones. Fue la etapa más larga y sangrienta, en la que los aliados se encontraron en un territorio desconocido, con poca capacidad y muchas dificultades para avanzar debido a los obstáculos del terreno, el hostigamiento permanente de las guerrillas enemigas, las enfermedades y epidemias que diezaban las tropas, las desavenencias entre los mandos aliados, la resistencia de las defensas paraguayas y la valerosa tenacidad de sus soldados.



Mapa que ilustra la campaña del Cuadrilátero, escenario bélico donde se originaron las Cartas de Francisco Seeber, en Francisco Seeber, *Desde el frente de batalla: Cartas sobre la Guerra del Paraguay, 1865-1866*, Librería Histórica, Buenos Aires, 2002.

El objetivo de los invasores era doblegar la fortaleza de Humaitá, un baluarte bien pertrechado sobre el río Paraguay, pero habrían de permanecer ahí dos años, encerrados en un cuadrilátero, donde se libraron sucesivos encuentros. Entre mayo y septiembre se sucedieron las batallas de Estero Bellaco, Tuyutí, Boquerón, Sauce y Curuzú, consideradas todas derrotas paraguayas, aunque implicaron graves pérdidas para ambos ejércitos.

#### Muertos y heridos en la batalla de Tuyutí (24 de mayo de 1866)

|            | Muertos | Heridos | Pérdidas totales |
|------------|---------|---------|------------------|
| Paraguayos | 6000    | 7000    | 13 000           |
| Aliados    | 996     | 2935    | 3931             |
| Argentinos | 126     | 480     | 606              |
| Brasileños | 737     | 2292    | 3029             |
| Uruguayos  | 133     | 480     | 613              |

Francisco Doratioto, *Maldita guerra: nueva historia de la Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Emecé, 2004, p. 213.

El mariscal López solicitó al general Mitre una reunión para buscar una solución al conflicto. Realizada en Yataytí Corá en septiembre de 1866, no se llegó a ningún acuerdo pues, si bien López aceptaba cumplir varias de las exigencias aliadas, no estaba dispuesto a dejar el gobierno. Mitre se limitó a escuchar la propuesta, que transmitiría a sus socios, y señaló que no habría paz si no se cumplían los objetivos fijados por el Tratado de la Triple Alianza. Pocos días más tarde, los aliados sufrieron su peor derrota, en Curupaytí. Fue un desastre en toda la línea, que tuvo grandes repercusiones en la opinión pública de los tres países afectados y en las relaciones entre los aliados. Sólo al año siguiente, a partir de julio, estos retomaron su avance, que culminó en la toma de la fortaleza de Humaitá, abandonada a esa altura por las fuerzas paraguayas, que iniciaron su retirada hacia el norte.

### Agonía paraguaya

José Ignacio Garmendia (1841-1923), oficial al frente de la división Buenos Aires de la Guardia Nacional, se refirió en estos términos a la situación paraguaya después de la toma de Humaitá:

"Lo demás de la guerra fue una agonía prolongada; la de una fiera que, acosada y herida, emplea sus últimas fuerzas en bravío combate contra la numerosa jauría que la acosa.

El pueblo paraguayo, en esta última época, presentó un ejemplo que aún la historia de los tiempos modernos no revista otro igual: un último ejército de inválidos, viejos y niños de diez a quince años, combatiendo bizarramente contra fuerzas superiores, y muriendo como si fueran soldados, en los campos de batallas que no concluían sino para volver a dar comienzo, entre la agonía de los moribundos y el horror del degüello sin piedad".

En José Ignacio Garmendia, *Recuerdos de la Guerra del Paraguay. Campaña del Plkisyri*, Buenos Aires, Peuser, 1890, citado en Miguel Ángel de Marco, *La Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Planeta, 1995, p. 321.



En José Ignacio Garmendia, *Soldado paraguayo ante el cadáver de su hijo*, acuarela, Museo Saavedra. ■

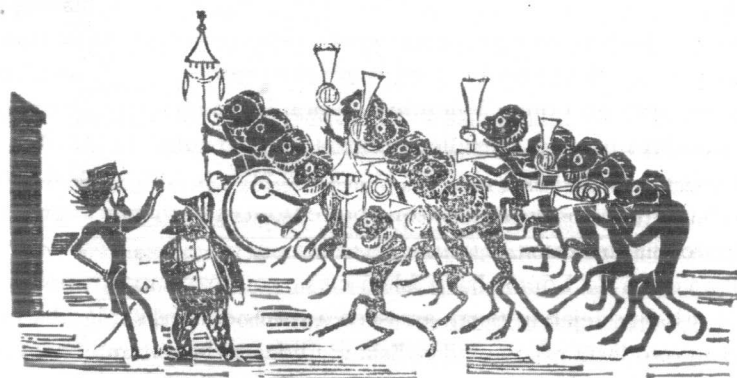
La tercera y última fase de la guerra fue la del repliegue de López y su ejército, hasta la derrota final en 1870. Una sucesión de combates a lo largo del camino hacia Asunción dio la victoria a los aliados, quienes de todas formas seguían sufriendo importantes pérdidas: Itororró, Avaé y, luego de un revés en Ita Ivaté, el triunfo sobre el cuartel general de López en Lomas Valentinas, quien logró escapar con un grupo de hombres hacia la cordillera central, un territorio de difícil acceso. En unas pocas semanas, los paraguayos habían perdido más de 20 000 combatientes y los brasileños (que por entonces formaban el grueso del ejército aliado), unos 10 000.

Por orden de López, las poblaciones eran abandonadas por sus habitantes, que dejaban tierra arrasada a sus enemigos y migraban hacia las zonas todavía no ocupadas. Esta medida se aplicó también en Asunción, que al momento de la entrada de las tropas imperiales, el 1° de enero de 1869, estaba desierta. Ello no evitó el saqueo de la ciudad, una práctica reiterada en esta guerra pero que alcanzó en esa oportunidad un pico de ferocidad que fue denunciada hasta por los propios jefes aliados. El éxodo de los paraguayos hacia el nordeste continuó durante más de un año, en medio de penurias crecientes que acarrearaban más muerte y desolación a la población. Los aliados –reducidos prácticamente a las tropas brasileñas– avanzaban sobre el territorio y ocupaban los poblados abandonados, venciendo paso a paso a los restos del ejército paraguayo, compuesto casi únicamente por niños y ancianos. López fue alcanzado y asesinado en Cerro Corá, el 1° de marzo de 1870.

Ese trágico final daba por cumplidos los objetivos de la Triple Alianza. El Paraguay quedó devastado y debió soportar la ocupación brasileña hasta 1876, mientras se ponía en funciones un gobierno local débil y subordinado. La negociación de los límites llevó varios años más, pues en este punto afloraron las rivalidades entre los propios aliados. El país vencido cedió el 40% del territorio que pretendía antes de la guerra, y durante décadas fue fuertemente dependiente de sus dos poderosos vecinos. Para los vencedores, los réditos fueron muchos, aunque también los costos, como veremos a continuación, en el caso argentino.

Mucho se ha debatido acerca de las responsabilidades en esta guerra sangrienta, pero es difícil entender lo que ocurrió en términos de héroes y villanos. El saldo trágico para el Paraguay no libra a su elite política, y en particular a su jefe máximo, el mariscal López, de su cuota de responsabilidad, compartida con las dirigencias de los países vencedores. Como tantas otras guerras, la pregunta sobre qué lleva a los hombres a matar y morir sigue pendiente.

## Reacciones



**Caixas--Venhaó os melhores flarmónicos do exercito imperial para festejar a chegada de meo afillado.**  
**Mitre--Agradezco a mi padrino estas muestras de bondad y cariño.**

Sátira del *Cabichuí* en la que el comandante de las tropas brasileñas, el marqués de Caixas, al frente de una banda compuesta de monos (macacos), recibe a Bartolomé Mitre, comandante en jefe aliado. Debido a la presencia de negros en el Ejército imperial, Solano López se refería a los soldados brasileños como "negros" o "macacos".

El conflicto en este lejano rincón del mundo despertó la reacción de varios países vecinos, así como la de otros más lejanos que tenían intereses en la región. Los gobiernos de Bolivia y Chile vieron con preocupación el previsible fortalecimiento del imperio brasileño y de la Argentina, y apoyaron, a veces de manera activa, a Solano López. En Perú, la política favorable a este seguida por el presidente Prado sufrió un cambio con su sucesor, que prefirió la neutralidad. De todas formas, en los tres casos se creó un clima de opinión favorable al Paraguay, tanto por la solidaridad que despertaba el más débil como por la admiración que suscitaba la valentía patriótica de su población.

Los Estados Unidos también mostraron una inclinación pro paraguaya sostenida, y sus representantes en Asunción tuvieron, con altibajos, un acercamiento personal con López, y en algunos momentos le prestaron su colaboración. En cambio, Francia y Gran Bretaña, las dos potencias europeas con mayor presencia económica y diplomática en la región, se declararon neutrales. Antes del estallido de la guerra, los ingleses buscaron evitarla para que no perjudicara la marcha regular de los negocios. Las relaciones de ese país con el Brasil estaban rotas

desde 1862, lo que no impidió la participación británica en el intento de negociar la paz en el Uruguay. Más tarde, a pesar de su posición oficial de neutralidad, los ingleses se inclinaron por la causa aliada, reanudaron relaciones con el imperio y apoyaron financieramente a los tres países por la vía de los empréstitos. Tanto los europeos como los norteamericanos intervinieron para asegurar, con suerte dispar, la vida y las propiedades de los conciudadanos residentes en Asunción. En diferentes momentos, al igual que los vecinos latinoamericanos, también propusieron sus buenos oficios para alcanzar una mediación, que nunca llegó a concretarse a causa del rechazo por parte de uno o más de los contendientes.

Las reacciones más importantes ante la guerra se dieron, por supuesto, en el frente interno de cada uno de los países involucrados. En el caso de los aliados, el conflicto provocó fuertes disputas políticas entre diferentes grupos y partidos, debates intensos en la prensa, la resistencia activa de vastos sectores de la población al reclutamiento militar y un desgaste de las dirigencias iniciales, que llevó a su desprestigio y a un recambio en las alturas del poder.

Más allá de las incertidumbres políticas del período, en el Brasil la guerra dio lugar a la consolidación del ejército como institución estatal de alcance nacional y al surgimiento de un sentimiento y una experiencia de nacionalidad ausentes en el pasado. Los historiadores han postulado, asimismo, que la contienda representó, tanto para la monarquía como para la esclavitud, el principio del fin, pues habría alimentado las tendencias a un cambio de fondo en la sociedad brasileña.

En el Paraguay la situación fue muy diferente. El país se mantuvo unido en torno a su jefe y el pueblo participó íntegramente en el esfuerzo bélico. Esta unidad no fue sólo producto del decidido compromiso de su población con la defensa del suelo patrio, sino también de la unanimidad política propia de la tradición paraguaya, que Solano López llevó al extremo. No había lugar para la oposición al gobierno y cualquier signo de inconformidad era reprimido sin contemplaciones. El presidente manejó la situación interna con mano dura y logró el acompañamiento de buena parte de los paraguayos.

En suma, la guerra no sólo implicó el ejercicio de la violencia entre los beligerantes, sino su proyección en el interior de cada una de las naciones involucradas.

## La guerra en la Argentina

Cuando se conoció la invasión paraguaya a Corrientes, en Buenos Aires y en ciudades como Córdoba y Rosario hubo una reacción inmediata de repudio "al tirano López", que se manifestó en buena parte de la prensa de distinto signo político en expresiones de entusiasmo bélico. En un gesto habitual en la opinión pública porteña, hubo demostraciones callejeras de fervor patriótico que reunían a autonomistas y oficialistas, nacionales y extranjeros, encolumnados tras bandas de música que tocaban aires marciales. Muchos jóvenes de familias acomodadas estaban deseosos de alistarse, y quienes habían peleado ya en otras lides pedían su reincorporación a las filas. Nadie parecía dudar de que la guerra en ciernes sería fácil, exitosa y, sobre todo, breve. Incluso Mitre era de esa opinión, y así lo expresó en la conocida arenga que dirigió a quienes habían ido a vivarlo en esos días: "[...] en veinticuatro horas a los cuarteles, en quince días en campaña y en tres meses en la Asunción". En el resto del país, en cambio, las reacciones fueron bastante diferentes.

### Voluntarios

Entre los jóvenes voluntarios a incorporarse a las filas para pelear en el Paraguay encontramos figuras que más tarde tuvieron destacada actuación política en diferentes partidos, tales como: Leandro Alem, Aristóbulo del Valle, Estanislao Zeballos, Bonifacio Lastra, Francisco Seeber, Miguel Cané, Carlos Pellegrini, Enrique B. Moreno, Amancio Alcorta, Joaquín Montaña, Victorino de la Plaza, José Melchor Romero, Olegario Ojeda, Francisco Paz (hijo del vicepresidente), Domingo Fidel Sarmiento ("Dominguito", hijo adoptivo de Sarmiento), Pedro Argerich y José Elizalde.

Los aprestos militares comenzaron de inmediato. La Argentina no estaba preparada para encarar una guerra. Su Ejército de Línea contaba con apenas 6000 hombres de infantería y caballería, pobremente equipados, y una artillería precaria; no tenía una marina digna de tal nombre; era dudosa la verticalidad de los mandos y la tropa incluía una proporción importante de "vagos y malentretenidos" reclutados por la fuerza.

El ejecutivo ordenó una leva de nuevos soldados y la movilización de la Guardia Nacional en todas las provincias, y estableció los cupos con

que cada una de ellas debía responder al esfuerzo bélico. En materia de equipamiento, la dotación de armas era escasa, heterogénea y en su mayor parte antigua, de manera que hubo que importarlas de Europa a través de los comerciantes de Buenos Aires. Para la vestimenta se recurrió tanto a la fabricación local como a la importación, sobre todo de Francia, pero el suministro era irregular y los jefes se quejaban de las penurias que padecían. En cuanto a la provisión de alimentos, quedó prácticamente a cargo de empresas privadas argentinas contratadas por el gobierno. Durante el primer año de la guerra, el abasto de carne —por lejos el principal insumo de la dieta— fue muy irregular, caro y de mala calidad, pero luego de la penetración en territorio paraguayo comenzó un flujo más ordenado desde la Argentina, de modo que mejoraron un poco las condiciones para los soldados.

### Las cuarteleras

Extracto de una carta de Francisco Seeber a Santiago Alcorta, escrita desde el campamento de Tuyutí:

"Antes de terminar esta carta, junto con la abnegación y el valor de nuestros soldados, que sufren el calor, el frío, la lluvia, la intemperie, la escasa alimentación, las fatigas innumerables y los peligros de la guerra, quiero hablarte de la admiración que me despiertan las mujeres que acompañan al ejército. Estas infelices siguen nuestros movimientos, se visten pobremente, se alimentan con lo que sobra, se albergan en ramadas, lavan para los soldados, les cocinan y les prodigan los mayores cuidados cuando se enferman o caen heridos. Sus maridos o amigos las estropean muchas veces y morirán olvidadas".

En Miguel Ángel de Marco, *La Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Planeta, 1995, p. 281.

La vida en el frente fue siempre dura, pero se fue poniendo peor a medida que el conflicto se prolongaba. Cuando la guerra de posiciones llevó a la casi inmovilidad de los ejércitos, la moral de las tropas decayó rápidamente. Los campamentos tenían su rutina diaria, en la que no faltaban los entretenimientos y la convivencia social; sin embargo, el clima, los insectos, el entorno inhóspito que albergaba guerrillas enemigas y la inacción plagada de incertidumbre desesperaban a los soldados.

### Las moscas

Sobre las moscas escribía el capitán Sarmiento:

"Nuestro tormento constante son las moscas. Hay tantas que cuando sopla el viento, se levantan en nubes semejantes a las mangas de langostas de San Juan. En la noche descansamos por fin de tal molestia".

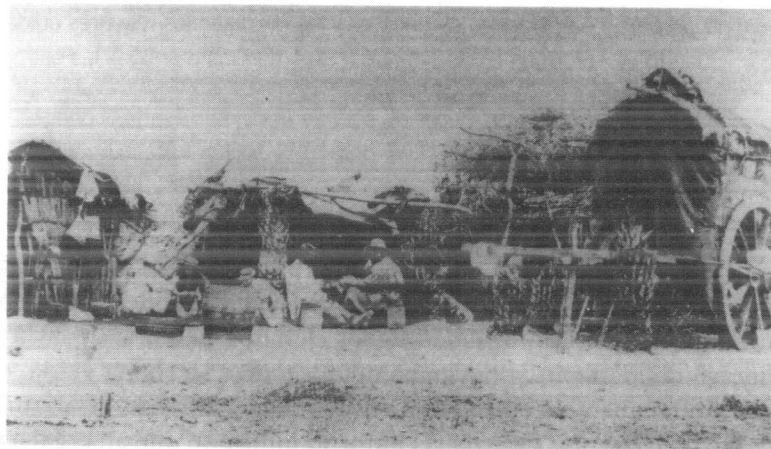
Se quejaba Pellegrini:

"Nubes interminables de moscas hacían insoportable la vida en las horas del día, y, al caer la noche, mangas de mosquitos zancudos, de grillos, de vinchucas, hacían oír sus zumbidos y chirridos irritantes, con que parecían llamarse e invitarse al festín de sangre".

Y relataba Seeber:

"Las moscas, las pulgas, los piojos y las hormigas tienen proporciones enormes; las hormigas construyen aquí y en Corrientes grandes promontorios donde se alojan, porque en la arena no podrían construir sus ingeniosas moradas, y también para defenderse de las inundaciones en los pasajes anegadizos. Los mosquitos y zancudos, que también son bravos, no nos molestan mucho, porque el humo de los fogones los ahuyenta".

En Miguel Ángel de Marco, *La Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Planeta, 1995, p. 254.



W. Bate & Cía., *Fogón en el campamento*, albúmina, 11 x 18 cm, 1866, Biblioteca Nacional del Uruguay.

Las deficientes condiciones sanitarias daban lugar a la proliferación de enfermedades, que eran más letales que las armas enemigas, y los médicos no daban abasto. El momento más dramático se vivió en 1867, tras la aparición del cólera, que pronto se convirtió en epidemia en todo el frente y luego se extendió al territorio argentino.

### Impacto económico de la guerra

La guerra tuvo impactos económicos directos e indirectos. En primer lugar, demandó recursos inmediatos para movilizar a los ejércitos y luego para equiparlos y mantenerlos. Los gastos militares treparon sostenidamente hasta superar el 60% del total ejecutado por el gobierno nacional. El presupuesto general de gastos estatales también subió, de manera que fue necesario conseguir recursos extraordinarios para financiar las demandas impuestas por la contienda. Para obtener esos recursos, el gobierno de Mitre acudió a diversas fuentes. Por una parte, se utilizaron fondos internos, obtenidos a través de préstamos del Banco de la Provincia de Buenos Aires, y de bonos, títulos, préstamos y donaciones de particulares. Por otra parte, se recurrió a préstamos externos, que cubrieron alrededor de la mitad del costo total de 30 millones de pesos fuertes estimado para la guerra. El primero de ellos fue provisto por el gobierno del Brasil, que a principios del conflicto otorgó unos 2 millones de pesos fuertes. Algo más tarde, se negoció un empréstito contratado en Londres a través de la Baring Brothers, por un total de 12 millones de pesos fuertes, de los cuales, descontados los intereses, comisiones y amortizaciones, se recibieron algo más de 8 millones, distribuidos a lo largo de los años del conflicto. La deuda externa creció así sustantivamente y generó obligaciones que deberían enfrentarse en los años subsiguientes.

En segundo lugar, la guerra tuvo repercusiones en la actividad económica. La provisión de los ejércitos aliados abrió un campo de oportunidades para empresarios privados involucrados en el suministro de las tropas. La ganadería del litoral se vio beneficiada por un alza de la demanda, tanto de vacunos para la alimentación como de equinos para el servicio. Importadores y productores de insumos también hicieron pingües negocios. Además de percibir los pagos del estado nacional, los empresarios recibían oro por sus ventas a las fuerzas brasileñas. Este influjo de metálico, a su vez, tuvo efectos en la cotización del peso moneda corriente, que comenzó a valorizarse.

Al mismo tiempo, la guerra ejerció presión sobre la mano de obra, principalmente en las zonas rurales, y llevó al gobierno a descuidar las fronteras con las sociedades indígenas, lo cual perjudicó la actividad pecuaria y contribuyó a deprimir la producción ovina en un momento en que esta atravesaba una coyuntura de crisis inducida por la caída de los precios internacionales y de las exportaciones. De todas formas, en términos del conjunto de la economía, el dinamismo que imprimió la contienda compensó en buena medida los efectos de la depresión de la actividad lanera. ■

### Oposiciones

Mientras que en Buenos Aires se había producido una reacción inicial de entusiasmo bélico, en el resto del país las respuestas fueron diferentes. Si bien los gobiernos provinciales encuadrados con el gobierno nacional habían manifestado su compromiso con los esfuerzos de guerra y en algunas ciudades se repitieron escenas de fervor patriótico semejantes a las porteñas, muy pronto surgieron las críticas y la resistencia. Hubo, en primer término, una reacción muy generalizada de la población contra el reclutamiento, que dio lugar a episodios de rebeldía y desertión. El malestar por la leva se articuló, en segundo término, con demandas políticas más amplias, que llevaron a los federales marginados del poder en casi todo el país a volver al escenario político en varias provincias, para impugnar no solamente las situaciones locales, sino también el orden que se buscaba imponer desde Buenos Aires. Finalmente, todas esas resistencias se conjugaron en un movimiento heterogéneo, pero potente, de oposición a la guerra, fundada tanto en motivos políticos como ideológicos, que incorporó también a muchos de sus iniciales promotores.

### Resistir la leva

Frente al decreto nacional, los gobernadores y comandantes de las provincias procedieron a reclutar guardias nacionales y soldados para el frente. Muy pocos fueron los voluntarios o los que se presentaron espontáneamente, y la mayoría buscó escapar a la obligación apelando a métodos ya conocidos. Los reclutadores debían recurrir a la coerción lisa y llana para reunir los contingentes, siempre más pequeños que lo prescripto. El traslado al frente, asimismo, obligaba a redoblar el uso de la fuerza para evitar desertiones, y así se logró congregarse a miles de hombres.

Además de la resistencia individual, se produjeron varios motines colectivos, que a veces dieron la ocasión de escapar a grupos bastante numerosos y otras veces fueron abortados mediante una dura represión. El propio Urquiza sufrió la temprana rebeldía de los soldados bajo su mando en Basualdo, en junio de 1865, donde se dispersaron unos 3000, y algunos meses más tarde se produjo otro desbande en Toledo. Tropas de Santiago del Estero se amotinaron en La Viuda, pero fueron doblegados, y sus jefes, condenados a muerte. En Catamarca, una sublevación desembocó en el fusilamiento de los responsables, y así siguió ocurriendo, en diversos rincones del país.

Mientras tanto, en Catuna, La Rioja, un contingente de 250 hombres reclutados por el gobernador Julio Campos (liberal impuesto por las fuerzas de Arredondo) fue liberado cuando marchaba hacia el frente, luego de un ataque encabezado por el caudillo local Aurelio Zalazar. Los amotinados formaron una montonera que se proclamó federal y dispuesta a derribar al gobernador, considerado un representante porteño, para reemplazarlo por el federal Manuel Bustos. Derrotados por los nacionales, sus jefes fueron apresados, juzgados por los tribunales correspondientes y condenados a diferentes penas, incluida la de muerte para Zalazar. Este episodio fue más allá de la resistencia antileva y se conecta con otros de mayor alcance.

### Las rebeliones federales

En las provincias, el estallido de la guerra produjo conmoción política. En el Litoral, Urquiza logró mantener a Entre Ríos en orden y se convirtió en uno de los proveedores más importantes de caballos y reses para el ejército. Por su parte, los federales del resto del país, que aún lo consideraban su jefe, buscaron sin éxito sumarlo a la causa antibélica y antiporteña.

La vecina Corrientes, una vez retirados los paraguayos, fue clave para el asentamiento y pasaje de las tropas nacionales, y el aprovisionamiento de los ejércitos. Esta situación, sin embargo, no acalló el debate sobre la guerra entre la elite de la provincia, que finalmente se fue apagando a medida que se percibían los beneficios económicos que traía el conflicto y se fortalecían los jefes militares tanto nacionales como provinciales en la política local.

En Santa Fe, mientras tanto, el liberal Nicasio Oroño logró mantener el control por unos años; Córdoba, en cambio, fue terreno de revoluciones y enfrentamientos entre liberales y federales, tanto en torno a

la guerra como a quién controlaba el poder en la provincia. En pleno conflicto exterior, estas disputas locales mostraban no solamente que había fuertes resistencias a las acciones del gobierno nacional, sino que el orden político que este había pretendido imponer en los años anteriores había naufragado.

El mayor desafío se produjo en Cuyo y el Noroeste, donde una gran rebelión puso en jaque al gobierno nacional durante todo un año. El levantamiento tuvo varios focos y se expandió por la región a medida que se sumaban los caudillos locales con sus huestes. Uno de los primeros estalló en Mendoza, con la llamada "revolución de los colorados", surgida en noviembre de 1866 entre las fuerzas reclutadas y movilizadas de la Guardia Nacional, bajo la dirección de un jefe federal, contra el gobierno liberal de Melitón Arroyo. Ocuparon la ciudad, cambiaron las autoridades y se enfrentaron con éxito a las tropas del Ejército de Línea, destacadas en la zona de frontera. Contaron para ello con la incorporación de las fuerzas a cargo del coronel federal Juan de Dios Videla, recién llegado de Chile luego de su exilio, junto con Juan Sáa y Felipe Varela, quienes también retornaron a la Argentina dispuestos a extender el alzamiento. Los rebeldes cuyanos avanzaron, así, sobre San Luis y San Juan.



Retrato de Felipe Varela.

En La Rioja se habían formado montoneras en Los Llanos y Guandacol. Cuando Felipe Varela (ex lugarteniente de Chacho Peñaloza) llegó de Chile con sus hombres, despertó fervor y adhesiones a su paso. Antes de cruzar la cordillera, Varela dio a conocer una proclama dirigida a los "Argentinos", donde fundamentaba su accionar, resumía los agravios que muchos compartían y los llamaba "¡A las armas!" para combatir a los que consideraba usurpadores del gobierno nacional. Constitucionalismo, anticontralismo, antiporteñismo y americanismo eran sus principios, y Mayo y Caseros, San Martín, Alvear y Urquiza las referencias a un pasado glorioso que aparecía mancillado por el accionar del "caudillo Mitre" y "el centralismo odioso de los espurios hijos de la culta Buenos Aires". Los porteños eran acusados de monopolizar los tesoros públicos y absorber las rentas de las provincias, así como de "odio fratricida" a los provincianos.

Frente a la usurpación, la proclama de Varela convocaba a los entre-rianos a sumarse a la lucha, y a Urquiza a encabezarla; y arengaba a los "argentinos todos" a librar el combate contra "nuestros liberticidas enemigos". El programa planteaba "la práctica estricta de la Constitución jurada, el orden común, la paz y la amistad con el Paraguay, y la unión con las demás repúblicas americanas". Y concluía: "¡Ay de aquel que infrinja este programa". Esta proclama condensa las banderas del levantamiento, que despertaban adhesión total o parcial entre quienes protestaban y sufrían las presiones y los atropellos de los representantes o de los amigos del poder central. Y, al mismo tiempo, resume el programa del federalismo en esa etapa y la esperanza de recuperar a Urquiza para encabezarlo nacionalmente.

Lo que siguió fue una primera etapa exitosa de incorporación de huestes y de avance sobre los territorios de La Rioja y Catamarca, de manera que, junto con los movimientos de Cuyo, una zona importante del país quedó bajo su influjo. Como la movilización de las tropas regulares apostadas en la región no alcanzó para detener a las montoneras, el vicepresidente Marcos Paz —a cargo del gobierno nacional— llamó a Mitre a que regresara del frente paraguayo y organizara la contraofensiva. Así fue como el presidente se instaló en Rosario y desde allí dirigió las operaciones, disponiendo la movilización de varios batallones del ejército hacia el noroeste, que reforzaron las fuerzas reclutadas por los gobernadores liberales de la región, al mando del santiagueño Antonio Taboada.

En abril se libraron dos batallas fundamentales: en San Ignacio (San Luis), donde las tropas nacionales conducidas por Arredondo vencie-

ron definitivamente a los rebeldes comandados por Juan y Felipe Sáa y Juan de Dios Videla, y en Pozo de Vargas (La Rioja), donde Taboada derrotó a Felipe Varela en un combate difícil, en el que el primero, destruida su caballería, no pudo ordenar la persecución de los rebeldes. Estos retomaron sus acciones mediante una retirada hacia el norte que, a lo largo de varios meses, los llevó a la Puna y los Valles Calchaquies, y luego hasta la ciudad de Salta, que sitiaron y lograron ocupar durante unas pocas horas. Las tropas nacionales, al mando de Octaviano Navarro (viejo federal convertido al nuevo orden liberal), obligaron a Varela a retirarse con sus fuerzas mermadas. Aunque consiguieron ocupar Jujuy durante varios días, luego se vieron obligados a escapar por la Quebrada de Humahuaca, hasta que alcanzaron la frontera y pasaron finalmente a Bolivia, en noviembre de 1867.



#### La batalla de Vargas según Manuel Taboada

Mi querido Absalón:

Por la nota oficial que Antonino te ha anticipado habrás visto que ayer desde las 2.10 m. de la tarde principió el combate y terminó a las 5. Se ha batido nuestro ejército con un brío que nada nos ha dejado que desear, hasta obtener un completo triunfo, y a pesar de la superioridad numérica del enemigo. Según los datos recogidos de los prisioneros y otros de nuestros amigos escapados del degüello, la montonera tenía de 3 a 4 mil hombres, con 1300 infantes y dos piezas de artillería pequeña de a 4. Estaban divididos en Batallones Cazadores Federales, "Urquiza", "Peñaloza", "Varela" y "Riojano", que se estrellaron sobre los nuestros, que les presentaron una muralla de fuego que contuvo sus ataques con la serenidad que les es tan conocida. Con su gran número de caballería trataron de franquear nuestros costados y tomarnos por la retaguardia, pero fueron rechazados de todas partes con grandes pérdidas, logrando solamente en el desorden robar nuestras ropas y algunos otros objetos que teníamos en el parque, particularmente a Antonino, que le han llevado todo cuanto tenía allí. Estamos en posesión de dos cañoncitos de montaña, con sus municiones y demás que le pertenece, fusiles de toda clase, carabinas, lanzas, munición, cajas de guerra y de banda, y la bandera de guerra, cuyo lema es "el que va en el papelito adjunto", muchos prisioneros cuya lista te la remitiré; hay algunos oficiales chilenos entre éstos, pero tenemos esperanzas de tomar otros muchos, porque han salido hechos pedazos. No puedo

apreciar el número de muertos porque sigue la persecución en todas direcciones.

Por el estado que te incluyo verás que esta vez no hemos sido tan felices como en otros encuentros con el enemigo; tendremos que lamentar algunas pérdidas sensibles, pero asegurándote que todos han cumplido con su deber; la mayor parte de nuestras pérdidas proceden del ardor insujetable de nuestras tropas, que pueden competir con cualesquiera otras afamadas.

En Ricardo de Titto, *El pensamiento de Bartolomé Mitre y los liberales*, Buenos Aires, El Ateneo, 2009, p. 129. ■

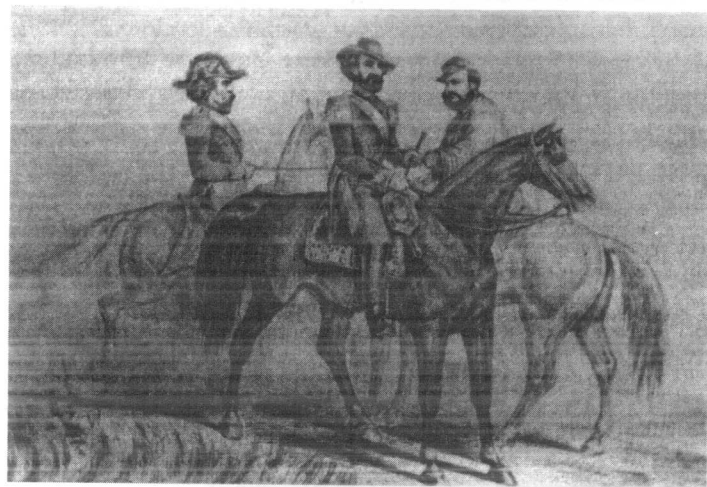
Este levantamiento mostró el alcance de la resistencia a la guerra, la oposición a la política centralista del gobierno nacional y la hostilidad hacia Buenos Aires. También reveló los límites de la ofensiva de los federales: si bien estos lograron movilizar amplios sectores de la población, donde contaban con redes sociales y políticas de vieja data nucleadas en torno al liderazgo de dirigentes y caudillos de distinto nivel, la aspiración a despertar una reacción más generalizada, que incluyera a Urquiza y sus seguidores, fracasó rotundamente. Su organización militar era precaria comparada con la de las tropas del ejército y la Guardia Nacional asentadas localmente o las que venían del frente paraguayo. Esas tropas no desertaron en masa para pasarse al bando federal, sino que permanecieron bajo el mando de sus jefes para luchar contra aquel. Así, los federales fueron derrotados. Sin embargo, más que el fortalecimiento de los liberales, esta derrota contribuyó a la afirmación del poder central y a un reordenamiento político que pronto se evidenciaría en la disputa presidencial que se avecinaba (véase el capítulo 6).

#### La guerra en debate

Desde el comienzo, la guerra despertó la polémica pública. La prensa periódica fue un escenario fundamental de debate, así como un medio de difusión clave sobre la marcha del conflicto. Si bien al principio la mayor parte de los diarios porteños encendieron sus luces patrióticas, a poco de andar, las posiciones críticas fueron ganando espacio. En el resto del país, en cambio, las reacciones contra la guerra habían aparecido en forma temprana en la mayor parte de los órganos de prensa provinciales.

Los argumentos probólicos iniciales giraron en torno a la agresión paraguaya y la necesidad de defender a la patria, la civilización y “el derecho de los pueblos oprimidos” frente a la barbarie y la dictadura representada por el déspota López, el “Atila americano”, como lo denominó el diario mitrista *La Nación Argentina*. Por otra parte, la oposición a la guerra reconocía diferentes ejes, pero los principales se centraban en la crítica a la alianza con el Brasil imperial, monárquico y esclavocrata, que siempre había mostrado tendencias expansionistas; en la solidaridad con los vecinos paraguayos y en la desconfianza hacia el gobierno nacional encabezado por los liberales porteños.

El estado de sitio que rigió en el país entre 1865 y 1868 posibilitó que se ejerciera censura sobre la prensa y que se cerraran temporariamente algunos de los órganos más virulentos. Ello no impidió, sin embargo, la circulación de discursos, publicaciones y periódicos con duras críticas al gobierno y a la conducción de la guerra, sobre todo a medida que esta se prolongaba; las noticias del frente eran cada vez más aterradoras, y los costos humanos y materiales crecían sostenidamente.



La entrevista de Yataytí Corá del 12 de septiembre de 1866, grabado, dibujo de Meyer, litografía de Jules Pelvilain, en *El Correo del Domingo*, n° 143, 23 de septiembre de 1866.

Cuando en mayo de 1866 se conocieron los términos del Tratado de la Triple Alianza, que, aunque secretos, fueron divulgados por una publicación inglesa y reproducidos en Buenos Aires por *La América*, la repercusión fue inmediata. Las cláusulas referidas al tema de los lími-

tes y el futuro reparto de los territorios en disputa fueron condenadas en forma severa por una opinión pública que rápidamente cambió su humor pro bélico por una creciente reprobación de la marcha de la guerra y sus conductores. Dirigentes políticos del autonomismo, que habían impulsado el conflicto, ahora se pronunciaban decididamente en contra, y los federales que siempre lo habían impugnado redoblaron sus críticas. Se editaron varios escritos, que se sumaron a los que la prensa publicaba: *Atrás el imperio*, de Navarro Viola; *Las dos políticas*, de Olegario Andrade; y *El gobierno y la alianza*, de Carlos Guido y Spano, entre otros. Desde París, Juan Bautista Alberdi se pronunciaba con severidad sobre lo que acontecía en el Plata, situación que lo inspiraría a escribir, más tarde, *El crimen de la guerra*.

Tulio Halperin Donghi señaló perceptivamente el carácter partidario de muchas de esas polémicas, que buscaban “utilizar el hecho brutal de la guerra en una disputa entre facciones internas”. La mira, inicialmente, estuvo puesta en la pelea política local entre contendientes de larga data. El conflicto mismo había surgido en el Uruguay por cuestiones de fidelidad entre grupos políticos a ambos lados de la frontera. En un diagnóstico que daba cuenta de esta dimensión de la guerra, Alberdi denunció, entre otras cosas, su carácter interno: su fin, sostenía, es “interior”, “no es el Paraguay, es la República Argentina”, es “la vieja guerra civil... entre Buenos Aires y las provincias”.

Este punto de partida, sin embargo, se fue corriendo con el paso del tiempo, y aunque la perspectiva partidaria nunca dejó de estar presente, la guerra se convirtió en una cuestión nacional. Cuando llegaba a su fin y ya Mitre había dejado la presidencia y la conducción de los ejércitos, un viejo partidario liberal, el oriental Juan Carlos Gómez, mantuvo con él una extensa polémica, en la que la disputa facciosa había dejado lugar a una consideración más amplia sobre el conflicto. Gómez le reprochaba no haber estado a la altura de la misión histórica que le había tocado: la de redimir al Paraguay de su “tiranía”.

#### Polémica entre Mitre y Gómez sobre la guerra

En diciembre de 1869, tuvo lugar una polémica entre Bartolomé Mitre y Juan Carlos Gómez sobre la guerra contra el Paraguay, a lo largo de sucesivas cartas públicas incluidas en las páginas de los diarios *La Nación* y *La Tribuna*, respectivamente. Se incluye aquí la segunda carta de Gómez:

"La tiranía del Paraguay era un hecho monstruoso, que importaba que desapareciese de la faz de la tierra.

Dios, la providencia, el destino, la filosofía de la revolución, la lógica de los hechos, como quieran decirle, había encargado al pueblo del Río de la Plata (argentinos y orientales) la ejecución de esa obra. No preverlo, era ser miope.

Está bien que los pueblos no se metan a redentores, ni se erijan en quijotes; pero no por eso escapan a su misión de redentores, y muchas veces, ni aun al papel de quijotes que los acontecimientos les imponen. Los gobiernos o directores de los pueblos cumplen con su deber con no provocar los acontecimientos, con no lanzar a los pueblos en las aventuras; pero faltan a su deber cuando mantienen a los pueblos desprevenidos, expuestos a los peligros, inconscientes de sí mismos e inútiles para la realización de su cometido providencial, que siempre es la realización de su propio bien.

Los gobiernos del Río de la Plata ni sospecharon la misión de estos pueblos en el Paraguay, ni soñaron jamás que un día tendrían que estrellar sus legiones contra los bosques abatidos de Curupayty.

Un día los sorprendieron los sucesos, cayendo las hordas de López sobre la provincia de Corrientes, como llovidas de las nubes.

Un día se vio nuestro pueblo a brazos con la tiranía secular del Paraguay, centro y resumen de todos los elementos reaccionarios de estos países.

La Providencia nos llamaba al cumplimiento de nuestra misión, mandándonos poner de pie, embrazar la égida de la libertad y empuñar el hacha de la revolución.

¡Qué momento para un hombre de Estado, como Lincoln o como Bismarck, con la intuición del porvenir, el convencimiento de las fuerzas a su disposición y la firmeza para arrostrar la derrota del momento y forzar a la victoria!

Ud. tendió la vista en derredor suyo, se encontró sin poder material inmediato, recordó su reciente pasado, no creyó en el poder moral del pueblo del 8 de noviembre, y se echó en brazos de la alianza, para no verse reducido a entregar las llaves de la Ciudad de la Reconquista al ridículo sátrapa de Humaitá.

Los proveedores y los mercachifles le baten palmas. Según ellos, era imposible resistir a López con nuestros solos elementos; hubiéramos sido vencidos y arruinados, mientras hoy nadamos en oro y vamos a ceñir el laurel del triunfo a la sien de nuestros bravos.

Pero la polvareda de los intereses y de los egoísmos de actualidad va a ser disipada pronto por la razón pública y el criterio de la política y de la

historia, y espero ver en tortura su brillante inteligencia para justificarse, y justificar a los que con usted han hecho y sostienen a la alianza, de los siguientes cargos:

1° —La alianza ha reducido a los pueblos del Plata a un papel secundario, de meros auxiliares de la acción de la monarquía brasileira.

2° —Principal actor en la lucha, la monarquía brasileira ha hecho su obra, y no la nuestra: deja establecida su conveniencia y suprimida la nuestra en el Paraguay.

3° —No pudiendo esquivar la misión providencial que nos está impuesta, a pesar nuestro tendremos que recomenzar los sacrificios y los esfuerzos, respecto del Paraguay, para más tarde o más temprano.

4° —Hemos adulterado la lucha en el Paraguay; la hemos convertido, de guerra a un tirano, en guerra a un pueblo; hemos dado al enemigo una noble bandera para el combate; le hemos engendrado el espíritu de causa; le hemos creado una gloria imperecedera, que se levantará siempre contra nosotros y nos herirá con los filos que le hemos labrado.

5° —Hemos perpetrado el martirio de un pueblo que en presencia de la dominación extranjera, simbolizada por la monarquía brasileira y no de la revolución que hubiera simbolizado sólo la República de los pueblos del Plata, se ha dejado exterminar hombre por hombre, mujer por mujer, niño por niño, como se dejan exterminar los pueblos varoniles que defienden su independencia y sus hogares.

6° —La alianza acabará; pero el pueblo paraguayo no se acabará, y la defensa heroica del Paraguay ha de ser allí la gran bandera de un gran partido que ha de predominar, como lo ha sido la defensa de la Rusia y de la España contra Napoleón a pesar de los zares y de los Fernando VII, y entre nosotros la defensa de Montevideo y de Buenos Aires, a pesar de pesares.

Cuando tales sucesos o tales debates vengan, no sé qué pensará o qué contestará usted.

Ahora quizá me responda usted: allá me las den toda: *après moi, le déluge!*

Seré siempre su leal amigo.

Juan Carlos Gómez  
Diciembre 12 de 1869".

En Tulio Halperin Donghi, *Proyecto y construcción de una nación. (Argentina 1846-1880)*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 1980, pp. 203-204. ■